

UN RECUERDO QUE SIGUE LATENTE EN LA MEMORIA DEL MUNDO

A seis años de la pandemia del Covid-19: Crónica de una crisis

● El 3 de marzo de 2020 se notificó el primer caso de Covid-19 en Chile, en ese momento no se podía dimensionar que la pandemia alcanzaría niveles planetarios.



Para muchos, el concepto de “la Pandemia” ha comenzado a desdibujarse en el retrovisor del tiempo, convirtiéndose en un recuerdo borroso o en una anécdota lejana que preferimos no evocar con demasiada frecuencia. Sin embargo, para quienes habitan el territorio austral, aquellas palabras evocan un quiebre profundo en la historia regional que no tiene parangón en el siglo XXI. Fue un fenómeno

que no solo alteró la salud pública en niveles alarmantes, sino que reconfiguró la identidad, la economía y la convivencia en Magallanes y la Antártica Chilena, recordándonos nuestra inherente vulnerabilidad ante lo invisible. En este rincón del planeta, donde el aislamiento geográfico es una condición natural, la llegada del virus impuso una doble soledad: la de estar lejos del resto del país y la de estar encerrados tras las paredes

de nuestros propios hogares por un tiempo que pareció indefinido.

Lo que comenzó como un rumor distante en los últimos días de 2019 terminó por transformarse en una realidad asfixiante que paralizó ciudades enteras de la noche a la mañana. Desde las primeras medidas oficiales hasta los meses de encierro estricto, el año 2020 se presentó como un laberinto sin salida aparente, donde el miedo se respiraba en el aire gélido de

nuestras calles. La memoria colectiva de los magallánicos guarda vividamente el eco de las plazas vacías de Punta Arenas, el silencio inusual de Puerto Natales y la incertidumbre que reinaba en las latitudes más extremas de Puerto Williams. No fue solo una crisis sanitaria de escala global; fue un experimento social forzado donde el miedo, la solidaridad y la resiliencia se pusieron a prueba cada día mientras el mundo exte-

rior parecía detenerse por completo.

En este contexto, las rutinas se quebraron de forma estrepitosa y la vida cotidiana pasó a depender exclusivamente de permisos digitales, franjas horarias restringidas y la constante vigilancia de indicadores epidemiológicos que se volvieron parte de la conversación diaria. Los procesos que se desarrollaron en Magallanes durante aquel fatídico año afectaron nuestra psique colectiva de formas que,

incluso hoy, todavía estamos intentando procesar y sanar. Desde el desabastecimiento inicial que vació los supermercados hasta el despliegue logístico sin precedentes para la vacunación, cada hito marcó una cicatriz en el tejido social del territorio antártico y subantártico. Recordar estos eventos es fundamental para entender el presente de nuestra región y valorar la capacidad de respuesta que tuvimos como comunidad aislada.

La llegada del Covid19 a Chile no fue un evento fortuito o aislado, sino la culminación de una serie de advertencias internacionales que muchos sectores prefirieron ignorar hasta que fue demasiado tarde. Mientras el país aún intentaba sanar las heridas sociales del estallido de octubre de 2019, una amenaza biológica cruzaba fronteras a una velocidad vertiginosa impulsada

por la globalización. En Magallanes, la preocupación era latente y justificada: ¿Cómo respondería un sistema de salud tan alejado de la capital y con recursos históricamente limitados ante una demanda global de insumos críticos? Esta interrogante planeaba sobre las autoridades locales mientras las noticias desde Europa y Asia mostraban imágenes de colapso sanitario

que parecían sacadas de una película de ficción.

Explorar las capas de aquel proceso revela que la pandemia en el sur del mundo tuvo matices únicos y desafíos particulares que no se replicaron en el resto del territorio nacional. La dependencia absoluta de la conectividad marítima y aérea, la compleja relación fronteriza con Argentina y la importancia de industrias clave como la salmonicultura ju-

garon roles determinantes en la propagación y contención del virus. Fue una crisis que nos obligó a mirar hacia adentro, a valorar los recursos locales y a reconocer que, en medio de la emergencia, la coordinación regional autónoma era la única balsa de salvación disponible para una población que se sentía olvidada por las decisiones centralistas tomadas a miles de kilómetros.

A medida que reconstruimos este relato, descubrimos que las instituciones de Magallanes, desde las Fuerzas Armadas hasta el mundo académico y la sociedad civil, tuvieron que improvisar soluciones creativas en un escenario donde no existía un manual de instrucciones previo. Magallanes no solo fue una de las regiones más golpeadas en términos de contagios por habitante, sino que se convirtió en un laboratorio de respuesta rápida ante la emergencia. El rigor del clima magallánico, lejos de ser un impedimento, forjó una disciplina distinta en la población, aunque el costo humano en términos de vidas perdidas fue dolorosamente alto, superando en mu-

chos momentos la media de los parámetros globales de mortalidad.

Este recorrido por la memoria busca rendir un homenaje necesario a quienes estuvieron en la primera línea de batalla, desde médicos y enfermeros hasta recolectores de basura y transportistas que mantuvieron la región viva. A través de los testimonios de quienes lideraron la respuesta y de aquellos que sufrieron el encierro en las zonas más apartadas, se dibuja un rompecabezas de una época en que el "fin del mundo" se sintió, más que nunca, como el epicentro de una lucha heroica por la supervivencia. Hoy, con la perspectiva que da el tiempo, podemos analizar cómo esos rumores que llegaron de Wuhan terminaron por transformar para siempre nuestra percepción de la seguridad, la libertad y la comunidad en la Patagonia.

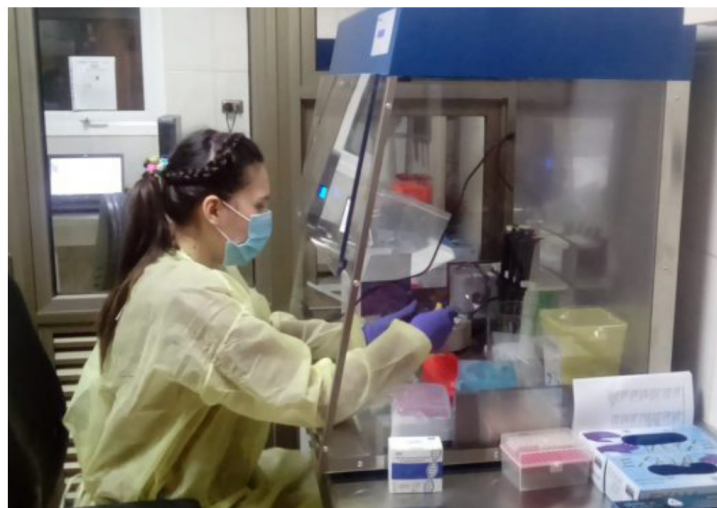
EL ORIGEN: LOS RUMORES DE UN MUNDO QUE CAMBIABA EN 2019

La semilla de la crisis se plantó mucho antes de marzo, cuando en diversos círculos se mencionaba una "particular dolen-

cia" en China, vinculada a los Juegos Mundiales Militares de octubre de 2019. Delegaciones chilenas que visitaron Wuhan regresaron con relatos de medidas sanitarias extremas y hermetismo que resultaron "curiosos" en su momento, pero que cobraron un sentido trágico meses después. A pesar de esto, diciembre de 2019 fue un mes de aparente normalidad, sumergido aún en la complejidad social del país tras el estallido. No fue sino hasta enero y febrero de 2020 cuando se articularon los primeros protocolos reales, integrando mesas de trabajo que ya evaluaban escenarios de confinamiento total para ciudades enteras, anticipándose al desastre que se avecinaba.

EL IMPACTO INICIAL Y LA CONFIRMACIÓN DEL TEMOR

Los temores se confirmaron el 3 de marzo de 2020 con el primer caso en Talca, lo que desencadenó una frenética búsqueda de "contactos estrechos", un concepto que la población tardó en comprender plenamente. La implementación de pruebas PCR, que inicialmente demoraban



hasta una semana en entregar resultados, fue un cuello de botella crítico para determinar el avance real del virus. Cuando la OMS declaró la emergencia sanitaria y el Presidente Sebastián Piñera decretó el Estado de Excepción de Catástrofe el 18 de marzo, Magallanes ya se preparaba para lo peor. El 21 de marzo, Puerto Williams confirmó su primer caso, forzando el cierre inmediato de Cabo de Hornos, aunque para entonces el virus ya se había propagado silenciosamente por toda la geografía regional.

EL DESPLIEGUE LOGÍSTICO EN EL AISLAMIENTO AUSTRAL

El despliegue de las Fuerzas Armadas y de Orden fue inmediato para establecer controles sanitarios y regular el movimiento en una región cuya logística es extremadamente frágil. En Magallanes, la regulación de vuelos y actividades marítimas se vio gravemente afectada, complicándose aún más por las acciones de control de tráfico en Argentina que dificultaron el paso de camiones hacia Chile. Esto generó una reacción de pánico en la po-

blación, que se volcó a los centros de abastecimiento intentando prepararse para un encierro de duración indeterminada. La mascarilla, antes un elemento quirúrgico ajeno a la cotidianidad, pasó a ser una prenda obligatoria y el confinamiento se transformó en la nueva y dura condición de vida para miles de familias magallánicas.

MANDO Y CONTROL: LA CIUDAD DIVIDIDA POR LA SEGURIDAD

Bajo el mando del general de División Rodrigo Ventura, la región implementó un sistema de control inédito, dividiendo Punta Arenas en sectores asignados a la Armada, el Ejército y la Fuerza Aérea. Mientras los efectivos patrullaban las calles para asegurar el cumplimiento de la cuarentena, se activaba la Comisaría Virtual para gestionar permisos de compra esenciales, un sistema que en sus inicios fue caótico debido a las largas filas que hacían caducar los permisos antes de entrar al local. Ante la escasez, la Armada incluso reconvirtió a sus sastres para fabricar mascarillas y no desabastecer

el mercado local, mientras se coordinaban de manera desesperada las camas críticas, los ventiladores mecánicos y las evacuaciones aeromédicas hacia el norte del país.

SOLIDARIDAD Y CIENCIA: LA RESPUESTA DE LA COMUNIDAD CIVIL

La solidaridad y la integración institucional fueron los pilares que evitaron un colapso en la zona austral. El Cuerpo de Bomberos de Punta Arenas, en un gesto de entrega absoluta, realizó labores nocturnas de limpieza de calles durante semanas para dar tranquilidad a los vecinos. Por su parte, la Fundación Hernando de Magallanes, a través del doctor Alejandro Altamirano, recordó que el desafío fue de "palabras mayores", enfrentando la desinformación y el temor al contagio. Gracias al financiamiento del Gobierno Regional, la fundación logró montar el primer gran sistema de organización de tomas de muestras PCR, seguimiento y trazabilidad en la ciudad, un esfuerzo coordinado que permitió salvar incontables vidas en un momento en que el sistema públi-



co estaba al límite de sus capacidades.

EL LEGADO DE UN ESFUERZO MANCOMUNADO

El rol del CADI de la UMAG fue igualmente fundamental, al transformar sus laboratorios para procesar muestras y brindar asesoría científica clave en la toma de decisiones regionales, convirtiéndose

en un referente nacional de autonomía diagnóstica. A este esfuerzo se sumaron las empresas salmoneras con insumos y maquinaria, y la Fundación Acrux a través del proyecto Polux, que trajo personal de salud de otras regiones para asistir a los hogares de ancianos, que eran focos de altísima vulnerabilidad. Todas estas acciones, rea-

lizadas bajo una presión constante y con números de contagio que no daban tregua, demostraron que Magallanes vivió una pandemia distinta, más cruda y aislada, donde los primeros tres meses fueron una batalla campal por la supervivencia mientras el resto de Chile aún no alcanzaba sus picos de crisis.